

URGENTE: EDUCACIÓN PARA UNA HUMANIDAD SOLIDARIA, LINEAMIENTOS FILOSÓFICOS

Lic. Francisco Reluz Barturén
Docente del Departamento de Filosofía y Teología

La situación mundial en pleno siglo XXI nos urge a replantearnos nuestras metas humanas, atrás están quedando los ideales de progreso tecnocientífico y “bienestar” económico... ¡Nos están sobrepasando! El precio está siendo muy alto: un atentado contra nuestra propia existencia, y junto a nosotros con las personas de generaciones próximas, prefiguradas en nuestros hijos. El planteamiento de nuevas metas exige una acción urgente para la reflexión y el cambio, y la educación es el lugar privilegiado de este compromiso humano responsable e ineludible.

Los paradigmas educativos basados en el progreso tecnológico y económico como único fin, centrados en el yo con marcado acento pragmático y utilitarista, ideas abusadas con sesgos interesados, han demostrado sus limitaciones con los acontecimientos contemporáneos —como la contaminación y su consecuencia de trastornos climáticos, la violencia a escalas macro entre los jóvenes, por decir algunos más preocupantes— que aún les cuesta reconocer. Tal situación de cuestionante necesidad nos interpela a plantear un nuevo paradigma educativo: *educación para la humana solidaridad*. Es nuevo por su urgencia, pero antiguo como criterio orientador siempre vigente aunque obviada o intencionadamente mal entendida... y ahora vivimos sus consecuencias.

Esta coyuntura me exige más como persona que como filósofo

y educador, a compartir algunas reflexiones a manera de lineamientos para una *educación de humana solidaridad*. Se entiende a ésta no simplemente como valor de cohesión social, pues desde ese básico enfoque, se ha sembrado la equivocada idea de relación armoniosa entre individuos y grupos que comparten superfluas semejanzas con metas próximas eglógicas, y por lo tanto insolidarias: estatus, intereses económicos, nacionalismos fundamentalistas, corrupción política, entre otras... que han derivado en sobreexplotación de recursos, enriquecimiento de pocos y empobrecimiento de muchos, embrutecimiento masificado, guerras y abusos de toda índole, bajo el pretexto que así “vivimos mejor”. ¿Quiénes? Nosotros, no los otros; éstos, como no son de los nuestros, “bien vale la pena nuestra indiferencia”. ¿Esto es auténticamente solidaridad?, creo que NO. Por eso considero que una *educación de humana solidaridad* nos exige una armoniosa relación interpersonal bajo la convicción de que nuestras semejanzas auténticas están por encima de colores de piel y ropa, nos asemeja nuestra propia humanidad biológica, psíquica, social y trascendente, integradas, resueltas en una palabra: dignidad; por eso, las metas de una *educación para la humana solidaridad* deben ser próximas por lo urgentes en perspectiva de fines, pero omnigógicas, orientadas a un nosotros no como ghetto, clan o pandilla, sino como universo, como humanidad comprometida.

Bajo este enfoque, propongo algunas ideas que serán ahondadas y desarrolladas con mayor extensión, en el resultado final de esta tarea reflexiva en la que estoy embarcado desde algún tiempo.

Primero: *Educar para el auto y el alter conocimiento*.

Existe un antiguo adagio que es orientador al respecto, el “nadie ama lo que no conoce” que junto al socrático “conócete a ti mismo” revelan la importancia de la mencionada orientación pedagógica. Efectivamente, para poder amarnos debemos conocernos, por cierto una tarea nada fácil más aún en nuestra contemporaneidad donde no se deja espacio para la interiorización... No seremos solidarios si no nos conocemos, si no encontramos en nosotros mismos la semejanza con los otros. ¿Cómo vamos a ocuparnos de lo que pase a los otros cuando ni siquiera reparamos en nosotros, menos aún como reflejo de ellos mismos? El autoconocimiento no implica complacencia, sino superación integral, intencionalidad y puesta en práctica del ideal de perfeccionamiento propio junto a los otros, que el reconocimiento de nuestras propias limitaciones sea invitación a la voluntad de cambio para bien; es decir, sin afectar negativamente al otro ni a mi entorno, sino haciéndolo copartícipe de este comienzo del cambio, solo así este llegará a buen fin y será auténtico.

¿Manifestaciones prácticas de

este procedimiento? La práctica del respeto a nosotros mismos y a los demás, la tolerancia sin permisividad ni indiferencia, el compromiso responsable en el trabajo constructivo del mundo mejor de aquél que nosotros hemos encontrado, en función del bien común.

Segundo: *Educar en el pensamiento y la reflexión.*

En muchos países el paradigma pedagógico se basa en lo técnico y lo productivo, esto no está mal; sin embargo, lo proponen en exclusiva como si el hombre no fuera más que una herramienta de producción de riqueza material, riqueza que ni él mismo como trabajador disfruta... El interés va por otro lado: las personas que no se ejerciten en el pensamiento son fácilmente manipulables, dirigidas por el control digital de los mass media incluso desde la infancia, se crean potenciales compradores, electores, sujetos medios de producción y no fines en sí mismos jugando con la vul-

nerabilidad humana de la persona no ejercitada en la reflexión... A través de una *educación para la humana solidaridad*, es fundamental que cada ser humano desarrolle su capacidad de juicio propio, siendo capaz de observar, comprender, evaluar y mejorar lo que por reflexión acuciosa considere hacerlo... Una forma de la auténtica solidaridad no es crear dependientes sino personas reflexivas para la acción, creativas. El logro de esta propuesta se percibe que va siendo alcanzado si en las sociedades disminuye los niveles e índices de corrupción política y se eleva los índices de participación ciudadana.

Tercero: *Educar en la comprensión y la toma de conciencia ecológica.*

El boom verde como preocupación por el equilibrio de la naturaleza, no es una simple moda, es una urgencia ineludible. Nuestro planeta nos lo clama con sus muestras de dolor en los cada vez

más frecuentes agotamientos de recursos y desastres naturales que se convierten en hecatombes. Esta urgencia ha arraigado en el criterio y la sensibilidad de los hombres de a pie, pero no en los grupos de poder político y económico que entienden el boom verde más como lluvia y danza de billetes, a ellos les cuestiono. ¿Podrán comerse el mencionado papel como legumbres u hortalizas que la tierra contaminada en extremo deje de producir? ¿los alimentos artificiales que producen, los transgénicos, serán saludables? Sin duda, esta insensatez, como otras, surge si no se educa en el primer ni el segundo criterio.

Cada uno de estos esbozos básicos exige técnicas y didácticas apropiadas a los niveles de educación institucionalizada, pero más en la práctica educativa como eje transversal de la vida misma, en la cual todos estamos comprometidos.